XXI

La fiebre.

SIN tino ni conciencia de haberle perdido tan rematadamente, no busqué ya en mi enloquecida imaginación manera de justificar á Remedios ni de desmentir las infames suposiciones que se hacían respecto de su conducta. Una sola idea dominó con absoluto imperio en mi voluntad y mi razón: matar á Miguel ¿Para qué? No me hice tal pregunta, que puede contestar el asesino de oficio, mas nó el que va al crímen empujado por una pasión vehemente. ¿Cómo le mataría? De cualquiera manera, con tal que que-

dara bien muerto y que fuera cara á cara. Yo no tenía arma ninguna, pero ni siquiera reparé en ello, quizá porque estaba yo convertido en fiera, y las fieras no necesitan más instrumento que sus propias garras.

Voy á esperarle á la puerta de su casa, que al fin tarde ó temprano tiene que volver de la del Gobernador; pero me es imposible mantenerme en un lugar diez minutos. Voy por el camino que tiene que llevar para dirigirse á su casa; vuelvo al punto de partida, y cuando creo andar á paso lento, me resulta que recorrí el largo trecho en seis minutos, atropellando á los transeuntes y tropezando con frecuencia. Gasto en idas y venidas más de una hora, y me fatigo en vano, pues no encuentro á Miguel. Me acerco á la casa de Vaquerril, y aunque escucho atentamente, no oigo ningún ruido; la comida concluyó desde hace mucho rato y los convidados deben de haberse marchado ya. En efecto, al ver salir á un criado le pregunto por Miguel: se fué antes que ninguno hace más de media hora.

¡Torpe! Es claro que, estando preocupado con motivo de los acontecimientos que para

el siguiente día se preparan, debe de haberse ido á reunir con Vaqueril y Torvado en la casa de este. Pues voy allá. Espero media hora, subiendo y bajando por la calle, y nadie asoma. No puedo esperar más; llamo á la puerta, resuelto á enviar un recado al joven para obligarle á salir; pero mi deseo se frustra por segunda vez: el criado dice que el Sr. Labarca no ha llegado en todo el día.

¡Así pasó aquella tarde lenta y pesadamente, á medida que me invadía una como horrible fiebre, llena de pesadillas!

Sin duda la fatiga de aquel andar sin término me llevó instintivamente á mi casa después de entrada la noche; pues sin que en ello interviniese mi voluntad, me encaminé allá, y solo pude notarlo, cuando entrando en el patio, ví á Pepe que con una vela en la mano examinaba atentamente á un caballejo flaco y de mal aspecto, que sin mover pié ni mano se dejaba reconocer impasible.

—¿Qué le parece á vd. este animal? me preguntó mi amigo.

—Muy bueno, le contesté, dirigiéndome á mi cuarto.

—Más que de espuelas voy á necesitar de paciencia durante el viaje, dijo Pepe; pero eso no cuesta dinero. ¡Qué diantre! sobre más triste caballería se lanzó Don Quijote en busca de más peligrosas aventuras. Me voy pasado mañana.

No contesté una palabra, y me eché en el catre á descansar. Algunas horas permanecí inmóvil en la oscuridad, sin atender á la charla que poco después de mi llegada emprendieron Pepe y los escribientes, tal vez hablando del viaje del estudiantón, ó de lo que por las calles se decía ya de los graves sucesos que se anunciaban para el día siguiente.

Serían las diez cuando Clemente entró en mi cuarto apresuradamente, y acercándose á tientas me dijo en voz baja:

—Le busca á vd. una mujer.

—¿Una mujer? pregunté, poniéndome en pié de un salto.

—Sí; está esperando en la calle.

Salí precipitadamente, y en el zaguán encontré á Pepa que entre asustada y llorosa me dijo:

—La niña está muy afligida y llena de miedo....

—¿Qué sucede?

—El Sr. Labarca fué á casa esta tarde.

—¡Miguel! exclamé lleno de ira.

—Sí, señor; habló mucho con Don Mateo, se acaloraron y disputaron mucho, y cuando Don Miguel salió, el señor habló con la niña y la regañó y echó mil maldiciones. Le dijo lo que nunca le había dicho, y hasta creo que tenía ganas de pegarle.

—¡Pegarle á ella!

—Y todo porque el Sr. Labarca fué á decirle que ya no se casa con la niña, porque lo quiere á vd. desde San Martín, y Don Mateo dice que ya era asunto arreglado, y que vd. es un títere que no sirve para nada.

¡Miguel había encontrado el pretexto que sin duda buscaba para romper el compromiso!

—Don Mateo, continuó Pepa agitada, ha jurado que vá á mandar á la niña con su padre, pero lo que más la aflige es que ha ofrecido matarlo á vd.

—¡A mí!

—Dijo que esta noche misma vendría á

buscarlo, á la hora que saliera de no sé que junta á donde tenía que ir. La niña le manda rogar á vd. por el amor de Dios que no se quede en su casa esta noche. Que se esconda vd.

—Está bien; respondí maquinalmente.

—Le diré que se tranquilice, que va vd. á esconderse.

—Sí, dile lo que quieras.

Pepa se marchó, y yo volví á mi cuarto. En medio de la oscuridad, mi imaginación veía grotescas figuras que luchaban á muerte, abrazándose, retorciéndose, golpeándose hasta saltarse los sesos. Don Mateo, Miguel y yo nos encontrábamos frente á frente, con igual deseo de destruirnos y acabarnos; en los tres semblantes se veia pintado el encono, y las manos crispadas denunciaban la rabia de que estábamos poseidos. De pronto me arrojaba yo sobre uno de ellos y de un golpe le ensangrentaba horriblemente la cara; el otro me asestaba un puñetazo; pero agarrándole yo la garganta, daba con él en tierra, y apretando, apretando con extraordinaria fuerza y sin compasión ninguna, veía con fe-

roz satísfacción amoratarse, ennegrecerse el rostro de mi víctima. Acudía el primero al ataque, y entonces todos tres nos confundiamos, formando un solo cuerpo echo un nudo de miembros, primero agitados y convulsos, y después ceñidos y vigorosos, como serpiente que ahoga á su presa. Oía yo las respiraciones sofocadas y angustiosas que se dificultaban por la presión terrible de seis brazos nervudos, vigorizados por la sed de venganza. Algunos quejidos leves se escapaban al más débil de los tres, que iban haciéndose á cada instante ménos perceptibles; algún brazo cedía al cansancio ó al dolor, ó se rendía á la muerte; y sin embargo, yo apuraba el vigor de mis músculos de acero para ahogar sin lástima. Las respiraciones eran ya estertores de moribundo. Los oidos me zumbaban, cegaban mis ojos, mi cerebro se entorpecía... pero aun sentía yo la vida en el deseo implacable de matar!

XXII

¡Asesino!

No hallé en aquel dormir el descanso que habían menester mis extenuados miembros, ni el reposo que necesitaba mi espíritu. Desperté al amanecer en medio de horrible pesadilla, cuyas sombras me parecía ver en los ángulos de mi cuarto aun después de abrir los ojos.

Sentí de pronto un malestar inexplicable sin recordar que durante veinticuatro horas no había tomado alimento ninguno; pero me bastó traer á la memoria los sucesos del día anterior, para que, haciéndome cargo otra vez